

## El cincuentenario de la muerte de Manuel Acuña

El conocido y celebrado semanario mexicano, *Revista de Revistas*, dedica su Num. 709 al cincuentenario de la muerte del poeta Manuel Acuña.

Un espléndido retrato del poeta (el mismo que exorna esta página), por García Cabral, aparece en la portada. En el texto, láminas alusivas, autógrafos, recuerdos numerosos y sentidos. Reproducimos el párrafo de Jaime Torres Bodet y la apreciación de José de J. Núñez y Domínguez.

Ya en alguna otra ocasión he expresado mi sentir acerca de Acuña. Creo que la muerte nos arrebató en él a uno de los más vibrantes espíritus de poeta de nuestro México. Su *Nocturno a Rosario*, que ha recibido ya la consagración del pueblo—que es, a despecho de los pedantes, la única que importa—es una ardiente voz de poesía.

Un homenaje a Acuña es siempre motivo de honra y de amor, porque encierra una reintegración dentro de la poesía pura de los románticos de la que por desgracia nos hemos separado demasiado.

JAIME TORRES BODET.

### Por la gloria de Acuña

«Palmas, triunfos, laureles, dulce aurora  
de un porvenir feliz, todo en una hora,  
de soledad y hastío  
cambiaste por el triste  
derecho de morir, hermano mío!»

Así clamaba don Justo Sierra, la mañana del diez de diciembre de 1873, ante el féretro que guardaba los despojos de Manuel Acuña y que habían conducido sus camaradas, hasta el hoy extinto cementerio del Campo Florido.

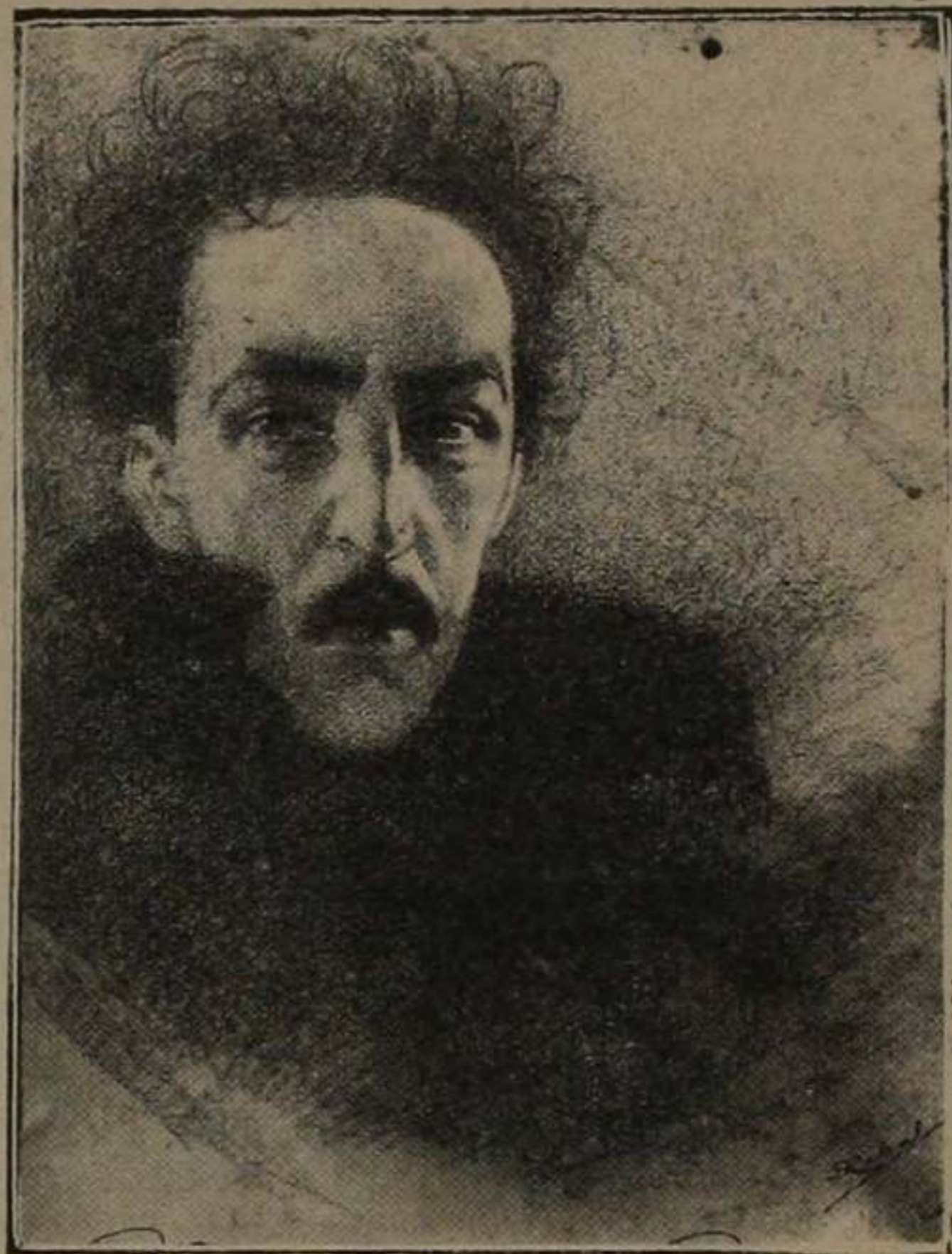
En el frío ambiente matinal, aun más melancólico por la tristeza que se elevaba de los corazones, la inspirada voz del autor de *Playeras*, debe de haber tenido resonancias únicas.

Eran los bellos tiempos románticos en que aún por nuestra literatura, paseaba, arrastrando su capa de trovero medioeval el juglaresco Zorrilla de las leyendas y los romances; era la época en que hacía sonar el cascabel de sus *Humoradas*, el ático Campoamor y en que Núñez de Arce soplabla en la trompa bélica que arrebató la muerte de las manos de Quintana. Y don Justo, como se le llamó después, recogió en sus versos elegiacos esas voces múltiples, las mismas que habían dejado sus sonoridades en la lira del suicida bardo-estudiante.

Desarrollábase la fúnebre escena cuatro días después de que Acuña había apurado el tósigo fatal que le llevó a la tumba. Y todo el México intelectual de aquel entonces ceñíase crespones luctuosos ante la desaparición del irónico y mordaz autor de *Nada sobre Nada* y *La Vida del Campo*.

Hoy, a través de cincuenta años, la gloria de Acuña perdura intacta como radió a raíz de su inesperado fin. Su poesía ha tenido la suprema virtud de triunfar sobre la muerte y el olvido, y eso sólo revelaría a los ojos del espíritu crítico más escéptico, la pureza de su consistencia y la eternidad de su emoción.

Acuña, pues, es un poeta de todas las edades, y el



MANUEL ACUÑA

Retrato de GARCÍA CABRAL

rememorar los timbres que lo enaltecieron es una obra más que de reparación, que no ha necesitado, de justicia rotunda.

¡Acuña!... Ha pasado por fortuna el simún de tonterías que se abatió sobre el cadáver del liróforo. Como las del Desierto después de la tempestad de arena, esta pirámide de nuestra lírica, permanece ya, incólume, solitaria, serena.

Ya Kronos, padre de prodigios que le llamó Eskilo, ha desprendido de los hombros del poeta el manto de vulgaridades que le ciñeran los aristarcos hueros y los admiradores *enragés*. Y disipada esa nube, ha surgido la figura tal cual es: humana, riente, simpática; la figura del estudiante «que hace versos», la del muchacho que, tras de investigar los misterios de la carne atormentada por el dolor, escribe a la novia lindos poemas, se burla de los problemas trascendentales y sueña con la gloria entrevista en los ojazos azorados de una «chica de la esquina».

Acuña simboliza al poeta estudiantil, tipo que va perdiéndose en nuestras aulas. El mismo estereotipó con su altivo gesto de renunciación, el modelo que otros más tarde han imitado.

En provincia, en plena adolescencia, apenas abandonados los bancos de la Primaria, el candidato a escolar metropolitano ya lleva en sus labios el amargo brevaje de los versos desencantados de Acuña. En la ventana idealizada por la luna, vibra la queja de paloma del *Nocturno* y en las horas de desesperanza, se acompasa la pena interior a la música desgarradora de *Hojas Secas*.

Luego, en los corredores de la Preparatoria, se vive la vida del trovador infortunado, y no es raro contemplar a un mozalbete, el rostro apoyado en la mano, que tal vez ve cruzar por el «Colegio Grande», la enteca silueta del

(Pasa a la página 302).